

### CAPÍTULO III

Andrés Backer

Podría decirse que el alma de Luisa estaba en sus ojos, y sus ojos fijos en los de Salvato, el cual, reconociendo en ella á la que le cuidaba, volvía en sí sonriendo.

Abrió completamente los ojos, y murmuró las siguientes palabras:

— ¡Ah, morir así!

— ¡Oh, no, no, nada de morir! exclamó Luisa.

— Sé muy bien que más valdría morir así, continuó Salvato; pero...

Y lanzó un suspiro cuyo soplo hizo erizar los cabellos de la joven y pasó sobre su rostro como el aliento abrasador del *sirocco*.

Luisa sacudió la cabeza, sin duda para librarse del fluído magnético en que la había envuelto aquel suspiro de fuego, dejó descansar la del herido en la almohada y sentóse en el sillón que estaba á la

cabecera de la cama: volviéndose después á Miguel y respondiéndole, acaso un poco tarde, á su pregunta, le dijo:

— No, no te necesito felizmente; pero entra y verás qué bien va nuestro enfermo.

Acercóse Miguel de puntillas, como si tuviera miedo de despertar á un hombre dormido.

— En efecto: tiene mejor cara que cuando lo dejamos la vieja Nanno y yo, dijo Miguel.

— Amigo mío, dijo la San Felice al herido, este joven es el que nos ayudó á socorrerlos la noche que estuvisteis expuesto á ser asesinado.

— ¡ Ah! lo conozco muy bien, dijo Salvato sonriendo; es el que machacaba las hierbas que aplicaba á mi herida aquella mujer que no he vuelto á ver más.

— Después ha vuelto para veros; porque, como todos nosotros, Miguel se interesa mucho por vos; sólo que no le han dejado entrar.

— Yo no me enfado por eso, dijo Miguel; no soy quisquilloso.

Salvato se sonrió y le tendió la mano.

Miguel tomó la mano que Salvato le ofrecía, y la contempló reteniéndola entre las suyas.

— ¿ No ves, hermanita? dijo; parece la mano de una mujer. ¡ Y cuando pienso que fué con esta

manecita con la que dió el famoso sablazo al *beccaio*!  
Porque le disteis un famoso sablazo, á fe mía.

Salvato sonrió.

Miguel miró en torno suyo.

— ¿Qué buscas? le preguntó Luisa.

— Ahora que he visto la mano quisiera ver el  
sable.

— Cuando seas coronel, te hará falta uno como  
ese; ¿no es verdad, Miguel? dijo riendo Luisa.

— ¿Conque el señor Miguel será coronel? dijo  
Salvato.

— Lo que es ahora no me queda duda, respondió  
el *lazzaroni*.

— ¿Y por qué no te queda duda? le preguntó  
Luisa.

— Porque me lo ha pronosticado la vieja Nanno,  
y todo lo que te pronosticó á ti se ha cumplido.

— ¡Miguel! dijo la joven.

— Veamos : ¿no te ha predicho que un joven  
hermoso que bajaba del Pausilipo corría un gran  
peligro, que estaba amenazado por seis hombres y  
que sería para ti una gran felicidad el que fuese  
asesinado, porque deberías amarlo y su amor sería  
causa de tu muerte?

— ¡Miguel, Miguel! exclamó la joven apartando  
su sillón de la cama, en tanto que Giovanina sacaba

su pálida cabeza por detrás de la encarnada cortina  
de la ventana.

El herido miró atentamente á Miguel y á  
Luisa.

— ¡Cómo! dijo á ésta, ¿os han pronosticado  
que yo sería causa de vuestra muerte?

— Ni más ni menos, dijo Miguel.

— Y no conociéndome, y no teniendo ninguna  
simpatía por mí, ¿cómo no habéis dejado á los  
esbirros hacer su oficio?

— Eso es, justamente, dijo Miguel respondiendo  
por Luisa; cuando ella oyó los pistoletazos y el  
ruido de los sables, y vió que yo, que soy un hombre,  
y un hombre que no conoce el miedo, no osaba ir  
á vuestro socorro, porque os las habíais con los  
esbirros de la reina, ella dijo : « ¡Entonces, á mí me  
toca salvarlo! » y se precipitó en el jardín. ¡Si la  
hubierais visto, Excelencia, no corría, volaba!

— ¡Oh, Miguel, Miguel!

— Vamos, hermanita, ¿acaso tú no has hecho y  
dicho esto?

— ¿Pero á qué repetirlo? exclamó Luisa cubrién-  
dose la cara con las manos.

Salvato extendió el brazo y apartó las manos de la  
cara de la joven, que estaba ruborizada y con los  
ojos encendidos.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

— ¿ Vos lloráis? dijo él; ¿ sentís haberme salvado la vida?

— No; pero me avergüenza lo que os ha dicho ese joven. Le llaman Miguel el Loco, y á fe mia que lo merece.

Y volviéndose á la doncella, añadió:

— ¡ He hecho mal, Nina, en reñirte porque no le dejabas entrar; hiciste bien en cerrarle la puerta!

— ¡ Ah, hermanita, hermanita! no está bien eso, dijo el *lazzaroni*, y esta vez no dices lo que sientes.

— Vuestra mano, Luisa, vuestra mano, dijo el herido con voz suplicante.

Agotadas las fuerzas de la joven, y desconcertada por emociones tan diferentes, apoyó la cabeza en el respaldo del sillón, cerró los ojos y dejó caer su mano temblorosa en la mano del enfermo.

Salvato la cogió con avidez, Luisa dió un suspiro y este suspiro confirmaba todo lo que había dicho el *lazzaroni*.

Miguel miraba esta escena sin comprenderla; mientras que Giovanina, que la comprendía demasiado, estaba allí de pie, con las manos crispadas, los ojos fijos, semejante á la estatua de los celos.

— ¡ Y bien! no temas nada, muchacho, dijo Salvato con voz alegre; soy yo quien te dará el sable de coronel; no será el que me sirvió para

desenredarme de los canallas que me atacaban, porque se lo llevaron; pero será otro que no valdrá menos.

— La cosa no puede ir mejor, dijo Miguel; ya no me falta más que el diploma, las charreteras, el uniforme y el caballo.

Y volviendo á la doncella, añadió:

— ¿ No oyes, Nina? ¡ están llamando como si quisieran arrancar la campanilla!

Nina, como si volviera en sí, exclamó:

— ¡ Llaman! ¿ dónde?

— Á la puerta, me parece.

— Sí; á la de la casa, dijo Luisa.

Y volviéndose á Salvato, añadió rápidamente y en voz baja:

— No es mi marido, que siempre entra por la puerta del jardín. Anda, corre, dijo á Nina. No estoy en casa, ¿ entiendes?

— Que no está mi hermanita, ¿ entiendes, Nina? repitió Miguel.

Nina salió sin responder.

Luisa se acercó al herido.

Encontrábase más libre, sin saber por qué, oyendo la charla de Miguel, que bajo la mirada de la silenciosa Nina; mas esto, repetimos, era instintivo, porque no había aún escudriñado los buenos

sentimientos de su hermano de leche ni los malos instintos de su doncella.

Al cabo de cinco minutos volvió Nina, y acercándose con misterio á su ama, le dijo en voz baja :

— Señora, es Mr. Andrés Backer, que desea hablaros.

— ¿ No le habéis dicho que no estaba? replicó Luisa bastante alto, para que Salvato, si no había entendido la pregunta, pudiera al menos comprender la respuesta.

— He vacilado, señora, respondió Nina, siempre en voz baja, porque sé que es vuestro banquero, y además porque me ha dicho que era para un asunto importante.

— Los asuntos importantes se arreglan con mi marido y no conmigo.

— Justamente, señora, continuó Giovanina en el mismo diapasón; por lo mismo he temido que volviera cuando el señor estuviera en casa, y le dijese que no había encontrado á la señora, y como la señora no sabe mentir, he pensado que valía más que la señora lo recibiera.

— ¡ Ah! ¿ habéis pensado?... dijo Luisa mirando á la joven.

Nina bajó los ojos.

— Si he hecho mal, señora, todavía es tiempo;

pero le causará mucha pena. ¡ Pobre joven!

— No, dijo Luisa después de un instante de reflexión : más vale, en efecto, que lo reciba : has hecho bien, hija mía.

Y acercándose á Salvato, que se había vuelto, al ver que Giovanina hablaba bajo á su señora, le dijo :

— Vuelvo al instante; estad tranquilo; la audiencia no será larga.

Diéronse un apretón de manos, cambiaron una sonrisa y Luisa se levantó y salió.

Apenas se cerró tras ella la puerta, cuando Salvato cerró los ojos, como acostumbraba siempre que la joven se hallaba ausente.

Miguel, creyendo que el enfermo quería dormir, aproximóse á Nina.

— ¿ Quién es el que ha venido? la preguntó á media voz con la sencilla curiosidad del hombre salvaje, cuyo instinto no está sometido á las conveniencias sociales.

Nina, que había hablado muy bajo á su señora, alzó un poco la voz, de manera que Salvato, que no había oído lo que dijo á su ama, oyese lo que decía á Miguel.

— Es ese joven banquero tan rico y tan elegante : tú le conoces bien.

— Bueno, replicó Miguel: ¿ desde cuándo conozco yo á los banqueros?

— ¿ Cómo, tú no conoces á Mr. Andrés Backer?

— ¿ Qué quiere decir eso de Mr. Andrés Backer?

— ¿ Conque ya no te acuerdas? Aquel lindo mozo, rubio, alemán ó inglés, no estoy muy cierta, que cortejó á la señora antes de que se casara con el señor.

— ¡ Ah, ya, sí! ¿ No es en su casa donde Luisa tiene toda su fortuna?

— Justamente, eso es.

— ¡ Qué bueno! Cuando yo sea coronel, y tenga las charreteras y el sable que Mr. Salvato me ha prometido, ya no me faltará más que un caballo como el que monta monsieur Backer para estar completamente equipado.

Nina no respondió: mientras hablaba, no había quitado la vista del herido y en el estremecimiento casi imperceptible de los músculos de su rostro comprendió que el supuesto durmiente no había perdido ni una palabra de las que ella había dicho á Miguel.

Luisa entretanto pasó al salón donde la aguardaba la anunciada visita. Al principio le costó trabajo reconocer á Andrés Backer, que estaba vestido de corte, y se había quitado sus largas patillas

rubias, adorno que, sea dicho de paso, detestaba el rey Fernando, y llevaba al cuello la cruz de comendador de San Jorge, la placa sobre el hábito, calzón corto y espadín.

Una ligera sonrisa pasó por los labios de Luisa. ¿ Con qué objeto la visitaba el joven banquero, en traje de corte, á las once y media de la mañana? Sin duda pronto iba á saberlo.

Por lo demás, apresurémonos á decir que Andrés Backer era de raza anglo-sajona, y un buen mozo de veintiséis á veintiocho años de edad, rubio, fresco, sonrosado, con la cabeza cuadrada del aritmético, la barba puntiaguda del especulador obstinado en los negocios y la mano espatulada de los contadores de dinero.

Aunque era elegante y habitualmente desenvuelto, parecía algo embarazado con aquel traje á que no estaba acostumbrado, y que tenía tanto gusto en llevar, que sin afectación y como por casualidad, se había colocado ante un espejo para ver el efecto que producía la cruz de San Jorge en su cuello y la placa de la misma orden en su pecho.

— ¡ Ay! Dios mío, monseñor Andrés, dijo Luisa después de mirarle un instante y de haberle dejado hacer un respetuoso saludo; ¡ qué magnífico estáis! No me extraña que hayáis insistido, no por verme,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1525 MONTERREY, MEXICO

sin duda, sino porque yo tuviera el placer de veros en toda vuestra gloria. ¿Dónde vais de esa manera? Porque presumo que no os habréis vestido de gala para venir á tratar de negocios.

— Si hubiese creído, señora, que tendríais más placer en verme con este traje que con el ordinario, no hubiera esperado hasta hoy para ponérmelo. Pero no; yo sé bien, señora, que sois una de esas mujeres inteligentes que escogen siempre los trajes que mejor les sientan, y que no fijan la atención en la manera con que los otros se visten. Mi visita es el resultado de mi voluntad; pero el traje en que me presento á vos es hijo de las circunstancias. El rey se ha dignado hace tres días nombrarme comendador de la orden de San Jorge, y hoy me ha convidado á comer en Caserta.

— ¿El rey os ha convidado á comer hoy en Caserta? dijo Luisa con un acento de sorpresa nada lisonjero para los derechos que podía atribuirse el joven banquero á ser admitido á la mesa del rey, que era el más *lazzaroni* de los hombres en las calles, y el más aristocrático de los reyes en su palacio. ¡Ah! os doy el más sincero parabién, monsieur Andrés.

— Tenéis razón de admiraros, señora, al ver semejante favor concedido al hijo de un banquero,

replicó el joven algo picado del modo con que Luisa le había dado la enhorabuena. ¿No habéis oído contar que un día Luis XIV, á pesar de ser tan aristócrata, convidó á comer con él en Versalles al banquero Samuel Bernard, á quién quería pedir prestados veinticinco millones? Pues bien, parece que el rey Fernando tiene tanta necesidad de dinero, como su antepasado Luis XIV, y como mi padre es el Samuel Bernard de Nápoles, S. M. convida á su hijo Andrés Backer á comer con él en Caserta, que es el Versalles del rey Fernando, y para estar seguro de que los veinticinco millones no se le escapan, ha puesto al cuello del asno que admite á su mesa, el ronzal por el cual espera conducirlo hasta su caja.

— Sois un hombre de ingenio, Mr. Andrés, y no es hoy el primer día que lo noto. Creedlo, y podríais ser admitido á la mesa de todos los reyes de la tierra, si el talento bastara para abrir las puertas de los palacios reales. Habéis comparado vuestro padre con Samuel Bernard, Sr. Andrés, y yo, que conozco su intachable probidad y su largueza en los negocios, acepto por mi cuenta la comparación. Samuel Bernard tenía un corazón noble, que no solamente en tiempos de Luis XIV, sino también en los de Luis XV, prestó á la Francia

grandes servicios. Veamos ahora, ¿por qué me miráis así?

— No os miro, señora, os admiro.

— ¿Y por qué?

— Porque pienso que sois probablemente la única mujer que hay en Nápoles que sepa quién era Samuel Bernard y que tenga el talento de dirigir una lisonja á un hombre que empieza por reconocer la ridiculez de haceros una visita con semejantes arreos.

— Si es preciso que os pida me excuséis, estoy dispuesta á hacerlo.

— ¡ Oh! no, señora, no. El mismo sarcasmo pasando por vuestra boca se convertiría en una conversación seductora, que el hombre más vanidoso querría prolongar, aunque fuera á expensas de su amor propio.

— En verdad, Mr. Andrés, replicó Luisa, empezáis á confundirme, y para salir de apuros, me doy prisa á mudar de conversación preguntándoos si hay un nuevo camino que pase por Margellina para ir á Caserta.

— No; pero debiendo estar en Caserta á las dos, he creído, señora; que tendría tiempo de hablaros de un asunto que se enlaza justamente con este viaje.

— ¡ Ay, Dios mío, caro señor Andrés! supongo

que no querréis aprovecharos de vuestro favor en la corte para hacerme nombrar dama de honor de la reina. Os advierto de antemano que rehusaría.

— ¡ Dios me libre! Aunque fiel servidor de la familia real y dispuesto á dar mi vida, y — os hablo como banquero, — más que mi vida, mi dinero por ella, yo sé que hay almas puras que deben mantenerse apartadas de las regiones en que se respira cierta atmósfera... así como las personas que desean conservarse en buen estado de salud, deben alejarse de los miasmas que exhalan las lagunas Pontinas y de los vapores del lago Agnano; pero el oro, que es un metal inalterable, puede presentarse en lugares donde el cristal, más fácil de empañarse, correría gran riesgo. Nuestra casa va á empeñarse en un gran negocio con el rey, señora; el rey nos hace el honor de tomarnos prestados veinticinco millones de francos garantizados por Inglaterra; es un negocio seguro, en que el dinero puede producir siete y ocho, en lugar de cuatro ó cinco por ciento. Vos tenéis medio millón colocado en nuestra casa, señora: van á arrebatarlos de las manos los cupones de este empréstito, en el cual entra personalmente nuestra casa por ocho millones; vengo á preguntaros, antes de dar publicidad al negocio, si queréis tomar parte en él.

— Mi querido señor Backer, os estoy sumamente agradecida por este paso, replicó Luisa; pero ya sabéis que los negocios, y sobre todo los negocios de dinero, no son de mi incumbencia, sino de la de mi esposo; ahora bien, el caballero, cuyas costumbres conocéis, estará en este momento hablando con su alteza real el príncipe de Calabria; debfais, pues, haberos dirigido, si querfais verle, á la biblioteca de palacio, y no aquí; por otra parte, en presencia del heredero de la corona hubieseis aprovechado muchísimo mejor vuestro traje de ceremonia que no en la mía.

— Señora, sois muy cruel con un hombre que, teniendo tan raras ocasiones de ofrecer os sus respetos, se apodera con avidez de la primera que se presenta.

— Yo creía, replicó Luisa con el tono más sencillo del mundo, que el caballero os había dicho que estábamos siempre, y particularmente los jueves, en casa de seis á diez de la noche. Si él lo ha olvidado me apresuro á decíroslo en su lugar y puesto, y si es vuestro el olvido, os lo recuerdo.

— ¡ Ah ! ¡ señora, señora ! murmuró Andrés, si lo hubieseis querido, habrfais hecho muy dichoso á un hombre que os amaba y que se ve obligado á adoraros solamente.

Luisa fijó en él sus ojos, aquellos ojos negros, límpidos y tranquilos como un diamante de Nigricia, y luego, yendo hacia él y tendiéndole la mano, le dijo :

— Señor Backer, me habéis hecho el honor de pedir á Luisa Molina la mano que os presenta la señora de San Felice; si yo os permitiese estrecharla con otro título que el de amigo, os engañarfais con respecto á mí, y os habrfais dirigido á una mujer que no sería digna de vos. No fué vano capricho lo que me indujo á rehusar vuestras ofertas y preferir al caballero que tiene cerca de tres veces más edad que yo y dos veces más que vos : fué el profundo sentimiento filial que le había consagrado; lo que era para mí hace dos años lo es hoy todavía. Seguid siendo, por vuestra parte, lo que el caballero, que os estima, os ha permitido ser, esto es, mi amigo, y probadme que sois digno de esta amistad no recordándome más una circunstancia en que me vi obligada á ofender, con una negativa que sin embargo no tiene nada de ofensiva, un noble corazón que no debe conservar rencor ni esperanza.

Después, haciendo una reverencia llena de dignidad, dijo al joven :

— El caballero tendrá el honor de pasar á casa de vuestro padre para responderle.



— Si no me permitís que os ame ni que os adore, respondió el joven, no podréis impedirme al menos que os admire.

Y saludando á su vez con muestras del más profundo respeto, retiróse ahogando un suspiro.

En cuanto á Luisa, sin pensar en su buena fe juvenil, que desmentía quizás por la acción la moral que acababa de predicar, apenas hubo oído la puerta de la calle cerrarse tras Andrés Backer y alejarse su carruaje, cuando se lanzó por el corredor y entró en el aposento del herido, con la prontitud y casi la ligereza del pájaro que vuelve á su nido.

Al entrar en la estancia, su primera mirada fué naturalmente para Salvato.

Éste estaba muy pálido, tenía los ojos cerrados, y su rostro, rígido como el mármol, había tomado la expresión de un dolor violento.

Llena de inquietud, Luisa corrió hacia él, y como al acercarse vió que contra su costumbre el herido no abría los ojos, preguntóle en francés:

— ¿Dormís, amigo mío?

Y viendo que no contestaba, añadió con voz en que se advertía claramente la ansiedad:

— ¿Ó es que estáis desmayado?

— No duermo, no estoy desmayado; tranquili-

zaos, señora, dijo Salvato entreabriendo los ojos, pero sin mirar á Luisa.

— ¡Señora! repitió Luisa admirada, señora!

— Padezco, repitió el joven.

— ¿De qué?

— De la herida.

— Me engañáis, amigo mío... ¡Oh! he estudiado la expresión de vuestra fisonomía durante tres días mortales de agonía, y no puedo engañarme. No, no padecéis de la herida; padecéis un dolor moral.

Salvato movió la cabeza.

— Decidme inmediatamente cuál es ese dolor, exclamó Luisa. Yo lo quiero.

— ¿Lo queréis vos? preguntó Salvato. ¿Sois vos quien lo quiere?

— Sí, tengo derecho á ello; ¿no ha dicho el doctor que yo debía evitaros toda clase de emociones?

— Pues bien, ya que lo queréis, dijo Salvato mirando fijamente á la joven, os diré que estoy celoso.

— ¡Celoso! ¿Y de quién, Dios mío? dijo Luisa.

— De vos.

— ¡De mí! exclamó ella sin pensar siquiera en enfadarse esta vez. ¿Por qué? ¿cómo? ¿á asunto de qué? Para estar celoso se necesita un motivo.

— ¿ Por qué habéis estado media hora fuera de esta habitación, cuando debíais permanecer sólo algunos instantes? ¿ Y qué es para vos ese Mr. Backer que tiene el privilegio de robarme media hora de vuestra presencia?

El rostro de la joven adquirió una celeste expresión de felicidad; Salvato acababa de decirle que la amaba, sin pronunciar siquiera la palabra amor. Inclino hacia él la cabeza, de manera que sus cabellos tocasen casi el rostro del enfermo, que envolvió con su aliento y cubrió con su mirada.

— ¡ Niño! le dijo con esa melodiosa voz que nace de las fibras más íntimas del corazón. ¿ Quién es? ¿ á qué ha venido? ¿ por qué ha estado tanto tiempo? Voy á decíroslo.

— No, no, no, murmuró el herido, no tengo necesidad de saberlo; ¡ gracias, gracias!

— Gracias, ¿ de qué? ¿ por qué gracias?

— Porque vuestros ojos me lo han dicho todo, amada Luisa. ¡ Ah! vuestra mano, vuestra mano.

Luisa dió su mano al herido, que apretó contra ella sus labios convulsivos, mientras que una lágrima caía de sus ojos y temblaba cual líquida perla sobre la mano.

Aquel hombre de bronce había llorado.

Sin darse cuenta de lo que hacía, Luisa llevó la mano á sus labios y bebió la lágrima.

Esta lágrima fué el filtro del irresistible é implacable amor que la bruja Nanno había pronosticado.